

partió entre los pobres; y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, tomó el hábito de la tercera orden de S. Francisco, siendo despues su mas ilustre ornamento.

No contenta con padecer todo lo que podia ser mas repugnante al amor propio, lo mas duro, lo mas fuerte, lo mas insoportable á su cuna, á su elevacion, á su estado y á sus floridos años, añadió á las antiguas penitencias otras nuevas que tocaban la raya de escesivas. Era todo su sustento unas yerbas ó legumbres cocidas en agua, sin otra sazón ni salsa, y unos mendrugos de pan duro. Su vestido de lana tosca sin teñir y de vil precio; cuando se rompía ó estaba muy usado le remendaba con los mas humildes trapos que la venían á la mano; y habiendo dado á los pobres todo cuanto tenia, hilaba lana para ganar de comer. Hizo fabricarse en Marpurg una choza de tierra cubierta de tablas tan mal unidas, que no eran capaces de defenderla contra el rigor de los temporales. En medio de estas voluntarias penitencias la servía de grande consuelo tener en su compañía á sus queridas Isentrudis y Guta, mas amantes y mas fieles á su señora en tiempo de su desgracia, que en el de su mayor esplendor. También la pidió Dios este sacrificio: costóle mucho; pero se le consagró luego que su director, hombre interior y espiritual, la dió á entender que aquel apego era algun estorbo á la perfeccion.

No podia menos de ser muy poderosa con Dios una virtud tan eminente. Vió en sueños una noche el triste estado en que se hallaba la reina su difunta madre: levantóse de la cama, y púsose en oracion, pidiendo al Señor por el descanso de su alma. Volvióse á acostar, y en otro segundo sueño se la apareció la difunta reina, y la dió gracias por haberla librado de las penas que padecía, asegurándola que sus oraciones eran sumamente agradables á los ojos de Dios. Vino á visitarla un caballero jóven, llamado Bertoldo, de vida muy estragada, y quedó tan compungido á vista de la modestia y de la virtud de la princesa, que la rogó le encomendase á Dios pidiéndole su conversion. *Si hablas de veras y con sinceridad (le replicó la Santa) hagamos oracion los dos.* Luego que el jóven se puso en oracion con la princesa se sintió enteramente mudado, y su corazon tan penetrado de un vivísimo dolor por sus desórdenes pasados, que comenzó á exclamar: *Basta, señora, basta: oidas han sido del Señor vuestras oraciones;* y despidiéndose de Isabel, tomó el hábito de S. Francisco, pasando el resto de sus dias en pobreza, en oracion y penitencia.

Muerta Isabel enteramente al mundo, solo vivía en el amor de su Dios, á quien jamás perdía de vista. Era su vida una continuada oracion, y su oracion una contemplacion elevada. La ternura

y la confianza en la santísima Virgen era la devocion de su cariño, no acertando á hablar de esta Señora sino arrebatada de gozo, y como estática de amor. Quiso, en fin, premiar el cielo cuanto antes una virtud tan extraordinaria; y habiéndosela aparecido Jesucristo, la convidó con la estancia feliz de los bienaventurados. Noticiosa del dia de su muerte, se preparó para ella con renovacion visible de su acostumbrado fervor; y aunque no era grave, al parecer, la enfermedad que sentía, quiso recibir los santos sacramentos, lo que hizo con tan tierna, con tan fervorosa devocion, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Las conversaciones que tuvo despues, todas eran de la mayor edificacion, todas vivas y eficaces, dirigidas á ponderar las ventajosas dulzuras que se experimentan en el amor de Dios, y la despreciable vanidad de las grandezas humanas. Tres dias antes de su muerte pidió que á nadie se dejase entrar en su cuarto sino precisamente á los que podían ayudarla á bien morir. En fin el dia 19 de noviembre del año 1231 entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador á los veinte y cuatro años de su edad, siendo los cuatro últimos de su vida una cadena continuada de durísimas tribulaciones.

Cuatro dias estuvo espuesto el cadáver por el inmenso concurso de gentes que acudió de todas partes á venerarle con ansiosa devocion. Enterróse despues con grande solemnidad en la capilla inmediata al hospital de Marpurg que la misma Santa había edificado, manifestando Dios despues de su muerte la santidad de su fidelísima sierva con multitud numerosa de milagros. Cuéntanse diez y seis muertos resucitados, sin una infinidad de enfermos desahuciados que cobraron la salud por su poderosa intercesion; tanto que el papa Gregorio IX muy informado ya de la heroica santidad de la princesa desde el primer año de su pontificado, cuatro años despues de su muerte la canonizó y puso en el catálogo de los santos con solemnidad verdaderamente extraordinaria.

El año siguiente, que fué el de 1236, fué elevado de la tierra el santo cuerpo por el arzobispo de Maguncia, y espuesto á la pública veneracion de los fieles, asistiendo á esta ceremonia el emperador Federico II, el cual levantó el primero por sus imperiales manos la losa de la sepultura, y puso al cadáver una corona de oro en la cabeza. Halláronse presentes á esta devotísima funcion el jóven landgrave Herman, hijo de la Santa, y las princesas Sofia y Gertrudis, hermanas del landgrave, y tambien hijas de la misma Isabel. El concurso de prelados y de principes del imperio y del otro gentío que acudió á esta solemne trasla-

cion del santo cuerpo fué tan grande, que se asegura pasaba de doscientas mil personas. Estendióse por toda la ciudad la suavísima fragancia que exhaló su sepultura, y fueron encerradas las preciosas reliquias en una rica urna que se colocó en el altar del hospital. Parte de ellas se trasladaron despues á la iglesia de los carmelitas de Bruselas, y parte á la magnífica capilla de Roche-Guyon sobre el rio Sena.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la que sigue:

Alumbra, ó Dios de miserias del mundo, y que esperimentemos continuamente la alegría de los consuelos celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 31 de los Proverbios.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las estremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. La pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de léjos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró, y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Cifóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Prebó y vió que era bueno su tráfago: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y estendió

su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo, y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada: tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la he-

leza; la mujer que teme á Dios, obras en presencia de los jueces. Dadla del fruto de sus manos, y alábenla sus

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que las riquezas que vienen de las últimas estremidades de la tierra. Este es el mas magnífico, el mas bello elogio que se puede hacer de una mujer escelentemente virtuosa. ¿Pero el dia de hoy se podrá aplicar á muchas este magnífico elogio? Ensálzase en él la modestia, la compostura, la circunspeccion de una señora cristiana que en un traje majestuosamente modesto y sencillo coloca todo su mérito en desempeñar perfectamente hasta las mas menudas obligaciones de su estado, y en hacerse distinguida por su humildad y por su ejemplar edificacion. Alábase su aplicacion y su desvelo en prevenir las menores necesidades de todos aquellos que están á su cuidado. Alábase su amor al retiro, su desvío de las concurrencias mundanas, y su aborrecimiento á todo lo que sea galas, fausto, ostentacion y profanidad. El santo temor de Dios, dice el Espiritu Santo, que es el principio de la sabiduría, es tambien en ella como la basa, como el cimiento de todas sus nobles prendas. Teme á Dios y le ama; siendo una de sus primeras atenciones el cuidado de vivir bien con el esposo que el cielo la destinó, y de mantener la paz y el orden en su arreglada familia. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida segun su condicion, segun su clase, pero nunca con profanidad, inspira en todos respeto y veneracion á su virtud. Hácese admirar por el grave, pero apacible agrado con que trata á todo el mundo, no menos que por sus palabras, las cuales respiran todas peso, juicio, discrecion, honestidad y prudencia. Ni es la menor de sus celebradas prendas la exactitud con que paga el salario á sus criados, y el amoroso desvelo con que los socorre en sus necesidades. Pero sobre todo, su caridad con los menesterosos la gana el corazon de los pobres. El tiempo que no la ocupan las obligaciones de su estado, las devociones y el ejercicio de otras obras de misericordia, le emplea todo en la labor, huyendo cuidadosamente de la ociosidad como el escollo mas peligroso de la inocencia y de la virtud. El retrato es muy vivo; es verdaderamente original; ¿pero se podrá llamar copia fiel de muchas señoras de nuestros tiempos? No pinta el Espiritu Santo á su cristiana heroína con los naipes en la mano: contentábase con ponerla en ella un huso y á la cintura una rueca. ¿Entrarian hoy

estos instrumentos en el retrato de una dama á la gran moda? ¡Cuántas hay que acabando de salir del polvo de su nacimiento y de la bajeza de su condicion pensarian acreditarse de mujeres plebeyas y ordinarias si las vieran con una rueca á la cintura! ¿En este retrato que hace el Espiritu Santo se hallan por ventura muchos rasgos que se parezcan á aquellas damas que pasan la vida en el juego, en el baile, en los pasatiempos y en profanas diversiones?

El Evangelio es del cap. 13 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vendió cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sa-

caron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un Padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De las aflicciones.

PUNTO PRIMERO.—Considera, que las aflicciones son un tesoro; pero un tesoro escondido y muy ignorado, aunque tan comunes á todo el mundo, porque son pocos los que conocen lo que valen. En las aflicciones se encuentra la proteccion de Dios, el vigor del alma, un compendio de las virtudes, y la perfeccion de la santidad. Semejantes á aquellos vientos impetuosos que á la verdad incomodan, pero purifican el aire, y nos restituyen la serenidad del cielo. Las aflicciones solo amargan á los sentidos y al amor propio; mas una alma cristiana experimenta bien su dulzura, su consuelo y su incomparable suavidad. Son remedios

ingratos al paladar; pero provechosos para las enfermedades del alma: si esta no siente luego su eficacia, con el tiempo la conoce, pues van obrando poco á poco y la restituyen la salud. No solo debilitan las pasiones, sino que enteramente las abaten. Descaminase el hombre en esta vida, y la ceguedad sigue muy de cerca los estravíos del entendimiento y del corazon. Es menester un milagro para restituir la vista á estos ciegos voluntarios: es menester un milagro para que conozcan sus descaminos y los enmienden. Pues las aflicciones hacen este milagro cuando se sufren con un espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano. Habia mas de veinte años que los hijos del patriarca Jacob habian vendido á su hermano José. Vivian con la mayor tranquilidad, gozando el fruto de su delito, como amodorrados en un profundo letargo. Sucédeles una afliccion, un contratiempo: abren los ojos, traeles á la memoria su pecado, conocen su enormidad, detéstanle con horror, y conciben un arrepentimiento saludable: *Merito hæc patimur*, esclaman cuando se ven arrestados, *quia peccavimus in fratrem nostrum*. Justamente padecemos estos trabajos porque pecamos contra nuestro hermano. (*Gen. 42.*) ¡Cuántos y cuántos embriagados con sus prosperidades, deslumbrados con la falsa brillantez de una fortuna risueña decian allá dentro de su corazon con el impío de quien habla la Escritura: *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Pequé, ¿y qué mal me ha sucedido? Pero sobrevino la afliccion, dió en tierra aquella fortuna, oscurecióse aquella brillantez; una enfermedad, una desgracia, un golpe adverso y no prevenido nos volvió á nuestra primera oscuridad, y de camino nos hizo entrar dentro de nosotros mismos. Conocióse entonces la inconstancia, la vanidad de los bienes de la tierra: perdióse el gusto á ellos, y se comprendieron las verdades de la religion. Acabóse de conocer que solo Dios es el único bien del hombre, y convirtiése el alma á Dios. Despues de él, á la afliccion se debe esta dichosa mudanza. ¡Oh, y qué poco se conoce lo que valen las aflicciones cuando se murmura de ellas!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que son pocos los santos que no hallasen en las aflicciones un precioso tesoro de riquezas para la otra vida; y así todos recibieron las aflicciones y los trabajos como beneficios de Dios, persuadidos á que el aprovecharse de ellos es señal poco dudosa de predestinacion. Lo mismo juzgan todos á la hora de la muerte. Por mas feliz y por mas favorecida del Señor se reputa á Sta. Isabel cuando oprimida de trabajos y de adversidades, que cuando elevada en el trono, cubierta de soberania y de esplendor. Su caridad habia sido asombrosa, su devo-